

## CAPITULO LXIV.

## Negociaciones de Bartolomé Colón con los rebeldes.



INSTANTANEAMENTE llegó á conocimiento del adelantado la noticia de la insurreccion capitaneada por Roldan.

Su primer pensamiento fué perseguirlos, darles una batalla y castigarlos.

Pero desconfiaba de la lealtad de sus soldados, y por otra parte ignoraba si la conspiracion tenia ramificaciones en toda la isla.

No tardó en saber que Adrian de Mógica y Pedro de Valdivieso, personas de alto linaje, que desempeñaban cargos importantes, se habian coligado con Roldan.

Diego de Escobar, capitan del fuerte de la Magdalena, estaba tambien á su lado.

Bartolomé tuvo noticia de esto, y temió que el capitan de la fortaleza de la Concepcion estuviera de acuerdo con él.

Pero Miguel Ballester le envió un emisario de toda su confianza manifestándole que pereceria en la fortaleza ántes que entregarla á los insurrectos.

Estas noticias alentaron á Bartolomé, y como comprendia que necesitaria pronto socorro, partió con un destacamento, y muy en breve llegó á la fortaleza ántes que los rebeldes.

Roldan habia acampado toda su gente á media legua de la Concepcion, y Bartolomé le envió un oficio acriminando su conducta, manifestándole los desastres á que iba á dar lu-

gar y comunicándole su formal resolucion de combatir con él, aun á riesgo de dar un triste espectáculo á los indigenas y de tener el sentimiento de derramar sangre española en aquel país donde todos debian ser hermanos.

Como era posible que se pusieran de acuerdo, le ordenaba que se presentase ante la fortaleza, prometiéndole, bajo su palabra de honor, su seguridad personal.

Bartolomé, que no sabia el número de soldados que capitaneaba Roldan, empleó en su comunicacion formas corteses, y esto por una parte y por otra el convencimiento que tenia el jefe de la insurreccion de que el adelantado no faltaria á su palabra, le impulsó á ir con una escolta de seis hombres hasta el paraje que le habia indicado Bartolomé para conferenciar con él.

La entrevista tuvo lugar de una manera original.

El fuerte de la Concepcion se levantaba sobre una roca, y en sus estribos se colocó Roldan.

Bartolomé se asomó á una de las ventanas del fuerte, y desde allí, á las altas horas de la noche, en una noche en que la luna iluminaba perfectamente el campo, conferenciaron aquellos dos hombres.

De su conferencia debia brotar, ó la guerra civil, ó la paz.

—Os he llamado, le dijo Bartolomé, sacrificando mi carácter á la conveniencia, porque deseo evitar la efusion de sangre, y al empezar nuestra conferencia os pido que no atribuyais á debilidad lo que es sólo en mí el deseo de evitar la ruina de la colonia, porque si los indios vieran luchar á los que han vivido hasta ahora como hermanos, se aprovecharian de nuestras debilidades para destruirnos.

—No es la culpa mia, contestó Roldan.

—Decid por qué razon os habeis rebelado contra mi autoridad.

—Me he rebelado porque he venido aquí á servir á los reyes de España y no á vos, porque los españoles no podemos soportar la esclavitud á que vuestra tiranía nos condena, y me han nombrado á mí para que, siendo eco de sus reclamaciones, me acercase á vuestro hermano à pedirle que mejorara su situacion.

No sólo á él, sino á vos, supliqué que se botase al agua la carabela para llevar á España noticias de la triste situacion que atravesamos. Esto hubiera dado tregua á la desesperacion de los españoles, y como no habeis querido concedernos este señalado favor, lo que ha venido á demostrar más y más que teneis miedo de que se sepa en la metrópoli la conducta cruel que observais con nosotros, yo he visto en ella la verdadera destruccion de la conquista que con tanto trabajo hemos logrado, y he creido que antes que obedecer á los agentes de los reyes cuando mi conciencia me dice que se equivocan, he debido oponer resistencia, defender la causa de los que se quejan con razon, y evitar la catástrofe que nos espera. Porque, no hay duda, el almirante no vuelve; ha perdido la gracia de los reyes, tal vez sufre en una prision el castigo á que le han hecho acreedor sus errores, y nosotros, inocentes, si no conseguimos enviar una carabela á España, pereceremos aquí abandonados; muerte desastrosa que no puede aceptarse sin emplear ántes los medios que aconseja la desesperacion, por terribles que sean.

Gran trabajo costaba á Bartolomé dominar la ira que sentia al escuchar de los labios de aquel miserable acusaciones tan injustas.

—Ved lo que haceis, le dijo, porque me creo con fuerzas suficientes, no sólo para castigaros, sino para hacer frente á los indios que al ver nuestra lucha quisieran aprovecharse de ella para exterminarnos. Más os vale renunciar á vuestra lo-

ca empresa. Entregadme inmediatamente vuestro baston de alcalde mayor, acogeos al indulto que ahora os ofrezco, y no guieis al abismo á los ilusos que os siguen, porque mañana seria tarde, mañana saldrian las carabelas para España, pero saldrian conduciendo prisioneros á los que no hubiesen pagado aquí con su vida los atentados que han cometido.

—Siento no poder obedeceros. Nadie puede quitarme el empleo que ejerzo sin formacion de causa. No reconozco en vos autoridad suficiente para residenciarme y dictar mi sentencia. Por otra parte, no puedo someterme á vos; es seguro que si tal hicierais, al caer en vuestras manos, sabiendo que cuento con elementos suficientes para poner en claro la tiranía que ejercéis con nosotros, atentariais á mi vida; y mi vida es necesaria para los españoles que padecen y necesitan romper los lazos que les ligan á la más ominosa de las esclavitudes.

—Ved lo que haceis, añadió de nuevo Bartolomé; no irriteis al leon, que todavía siente alguna lástima hácia vos y los vuestros. Pensad que seria estéril y desastrosa para todos una lucha. No querrian más los indios para llamar á sus hermanos de las montañas y caer sobre nosotros.

—No por miedo, sino por reflexion, comprendo, en efecto, que la guerra entre nosotros seria funesta para todos. Pero yo no puedo someterme ni someter á los míos à vuestra voluntad. Lo único que puedo hacer hasta el momento en que elevemos al trono nuestras mútuas quejas para que resuelva, es ir á residir con mi gente al palacio que me designeis; pero con la condicion de no vivir sujetos á vuestras órdenes, de ser completamente libres.

—Sea, dijo Bartolomé, cediendo á la presion de las circunstancias.

Y les designó un lugar en la Vega, donde podian ser útiles

estorbando la comunicacion entre los indios sometidos y los rebeldes

Roldan manifestó obedecer; pero convencido de que en aquel paraje no habia víveres bastantes para su gente, partió resuelto á buscar otro sitio más á propósito para vivir con la independenciam que necesitaba en tanto que llegaba un nuevo gobernador, porque en vista de la tardanza del almirante no dudaba que habria sido relevado.

## CAPITULO LXV.

### Un hombre desalmado.



A pintura que habian hecho del departamento de Xaragua los españoles que habian acompañado al adelantado para negociar el tributo primero, y despues para cobrarle, le inspiraron á Roldan el pensamiento de encaminarse con los suyos á aquella provincia, con el objeto de someterla y de establecer en ella una colonia en que hacerse fuerte contra el adelantado.

Otro motivo obligaba á aquel hombre á querer apoderarse de Xaragua.

Sabia que reinaba en aquella hermosa provincia la reina Anacaona.

Licencioso en extremo, habia querido, al acompañarla á las órdenes de Hernando de Guevara, seducirla; pero le habia sido imposible llevar á cabo su infame plan, y desde entónces no habia olvidado la hermosura de aquella mujer, agujoneándole, para llevar á cabo la empresa que propuso á sus compañeros, el deseo de saciar su menguado apetito.

—Vamos, vamos á esa provincia, dijo á los suyos, aún no está sometida á los españoles, y si nos pagan tributo, si amistosamente podemos subyugarla, ya habeis oido las delicias que allí nos esperan. Los campos son más fértiles que en ninguna otra parte. Cristalinos arroyos serpentean por las verdes praderas; cómodas chozas, á las que libran de los rayos del sol las espesas ramas de los árboles, nos ofrecen delicioso

descanso. Las indias son hermosas: obligaremos á los indios á que nos sirvan como esclavos, y ellas serán nuestras mancebas, Xaragua sesá nuestro paraíso, y una vez en poder de la provincia, podremos vivir en ella independientes y tratar de igual à igual con el mismo almirante si volviese.

Estas circunstancias no podian ménos de hacer mella en aquella gente licenciosa, y todos se manifestaron resueltos á seguir à Roldan en aquella empresa.

—Para ir á apoderarnos de ese departamento, dijo Roldan, necesitamos, ante todo, poseer siquiera una de las dos carabelas que hay en la playa de la Isabela; es necesario caer de pronto sobre la colonia, sorprender à don Diego Colon, lanzar al agua la carabela, trasladarnos en ella á la costa de Xaragua, y para llevar á cabo este plan, no hay tiempo que perder. ¿Estais resueltos á seguirme?

—Todos te seguiremos, exclamaron, entusiasmándose ante la idea de las soñadas felicidades que les esperaban al realizar su plan.

Sin detenerse, y aprovechándose de la ausencia del adelantado, llegó Roldan con los suyos à la Isabela, entró por sorpresa en la ciudad, llegó á la playa con los suyos, y sin consultar á nadie, y en medio del asombro de los colonos, que se apercibieron de su llegada y de sus designios, hicieron los mayores esfuerzos para arrojar el buque al agua.

El rumor del tumulto llegó á oídos de Diego Colon, el cual inmediatamente envió á los sublevados un emisario para que les intimara la rendicion.

El emisario fué desoido, y entónces Diego Colon, con las personas más caracterizadas de la colonia y algunos misioneros, llegó hasta la playa con el objeto de contener á los sublevados.

Los ruegos, las amenazas fueron inútiles.

Ebrios con la esperanza de los goces que se prometian, tomaron una actitud amenazadora y no tuvo más remedio Diego Colon que retirarse con los suyos á la fortaleza de la Isabela para evitar una lucha que podia serles funesta.

La fortaleza era de difícil acceso.

Roldan celebró una conferencia con Diego Colon para ver si aquel le proporcionaba los prácticos necesarios para lanzar el buque al agua.

—Nuestras quejas, le dijo, se refieren únicamente á vuestro hermano. Dispuestos estamos á respetaros, y yo por mi parte muy decidido á entregaros el mando de la insurreccion si os unís con nosotros y os oponéis á la tiránica conducta de don Bartolomé.

Escandalizado Diego al oír esta proposicion, la rechazó con energía y le intimó de nuevo á que se rindiera.

Roldan, dispuesto á jugar el todo por el todo, volvió de nuevo á la playa, hizo los mayores esfuerzos para que zarpase el buque, y no pudiendo conseguirlo, trató de asaltar la fortaleza.

No lo logró tampoco, y ya desesperado:

—De todos modos, dijo á los suyos, necesitamos ir á Xaragua; pero no podemos salir de aquí sin víveres. La causa que defendemos es noble. Corramos á forzar la puerta de los almacenes reales, y proveámonos de armas, municiones, víveres y cuanto necesitemos para llevar á cabo nuestra empresa. ¡Viva el rey! gritó.

Todos respondieron á este grito.

—Seguidme, dijo.

Y precipitándose con los suyos á los almacenes, derribó la puerta, penetró en ellos, se apoderó de las provisiones, vestuario, etc.; llegó al cercado en donde se encerraban las reses, tomó gran número de ellas, permitió á los suyos que matasen

las suficientes para comer aquel día, y partió de la Isabela con dirección á la provincia de Xaragua.

Partió tan pronto, porque temia que de un momento á otro llegase el adelantado, y evitaba una lucha con él porque era un hombre valeroso que sabia comunicar su denuedo á los que le seguian á los combates.

Esta consideracion le detuvo.

Si se encaminaba á Xaragua y tenia que luchar con los indios para apoderarse de la provincia, y al mismo tiempo por retaguardia le hallaba el adelantado con las tropas leales, podian correr él y los suyos un gran peligro.

Animado por los fáciles triunfos que habia conseguido, expuso sus temores á sus compañeros y les dijo:

—Todo cuanto intentemos será inútil sin haber destruido ántes á Bartolomé Colon: en vez de encaminarnos á Xaragua, volvamos de nuevo á la Vega, sitiemos la fortaleza de la Concepcion, empleemos todos nuestros recursos en seducir á la guarnicion del fuerte, en apoderarnos del adelantado, y cuando esté en nuestro poder nada más fácil que conseguir nuestros deseos.

La soldadesca que le acompañaba creyó fácil aquel nuevo triunfo, y partió con Roldan á los alrededores de la Concepcion, dispuesto á dar allí su primera batalla y á convertirla en su primera victoria.

Bartolomé habia enviado detrás de los rebeldes á algunos de los soldados, en quienes tenia plena confianza, para que los explorasen y le comunicasen sus intenciones.

Sabia, pues, todo lo que habia pasado y conocia sus últimos planes.

No ignoraba que el principal deseo de los rebeldes era matarle.

Podia muy bien salir al campo á darles una batalla con las tropas que estaban á sus órdenes.

No tenia gran confianza en su fidelidad, y como no podia satisfacer sus necesidades, como vivian en la escasez, en tanto que los insurrectos, por haberse apoderado de los almacenes, se entregaban diariamente á opíparos festines, temia que para participar de los mismos beneficios le abandonasen en el momento de salir de la fortaleza, y se mantuvo en ella.

¡Triste condicion de los grandes capitanes!

De nada sirve su valor, su entereza, su energía, su pericia, su sagacidad, si á la unidad importante que representan no unen ese considerable número de ceros que necesitan para que alcance el triunfo sus relevantes cualidades.

En esos momentos el gigante tiene que convertirse en pigmeo.

El valeroso caudillo se veia obligado á doblegarse á los malos instintos de la menguada gente que le servia, y tenia que comprar con dádivas, no con promesas, una fidelidad que no sé por qué se le da este nombre, pero sí que es indispensable para conseguir su cooperacion.

Ofreció el adelantado á los suyos, no solo más independencia, más libertad, sino grandes premios en el momento en que sometiesen á los rebeldes.

Estas esperanzas por un lado, y por otro la causa que defendian, que era la del gobierno, la de las leyes, les impulsaron á mantenerse fieles y á desoir las promesas que para seducirlos les hacian con insistencia los agentes de Roldan.

Tuvo que renunciar á apoderarse de la fortaleza y al concurso de los soldados que obedecian á Bartolomé.

Pero resuelto á toda costa á debilitar su influencia y á contrarrestar su poderío, se proclamó con el concurso de los suyos tan jefe de la isla como el adelantado; declaró solemnemente que se habia separado de él porque con su carácter vengativo y sus abusos de autoridad ponía en peligro la vida de

los españoles y los intereses de sus soberanos; se mostró indignado porque una familia de extranjeros subyugase de aquella manera á los españoles, y buscó la amistad de los caciques, la cual obtuvo, ofreciéndoles él en cambio relevarles del pago del tributo.

## CAPITULO LXVI.

Donde se ve que es cierto que la Providencia aprieta,  
pero no ahoga.



RISTE condicion la de la humanidad!

En vano el génio abarca la inmensidad de su pensamiento; en vano busca y encuentra las dificultades, y emplea toda su energía para vencerlas; en vano es poderosa la influencia que ejerce sobre los demas, é imprime en todos los que han de ayudarle á realizar su empresa ese sello de grandeza que en sí tienen.

Cuando despues de inmensas penalidades logra reunir los elementos necesarios para calmar su afan; cuando ante la esperanza de la realizacion de su pensamiento enjuga las lágrimas de sangre que han tenido que devorar sus ojos y sonrie á la esperanza, un sér mezquino, un obstáculo que no ha podido ver por su misma pequeñez, se levanta, crece á su sombra como la mala yerba al lado de la dorada espiga, y robándole su sávia, esteriliza la obra en que ha empleado tantos años, tantas lágrimas, tantas vigiliass, tanta vida.

¡Cuán ajeno estaba Cristóbal Colon en aquellos momentos en que, despues de haber vencido á sus calumniadores de la metrópoli, tenia todavía que soportar las dilaciones á que le condenaban las intrigas de sus enemigos!

¡Cuán ajeno estaba, repito, en aquellos momentos, en que hacia supremos esfuerzos para dar nueva vida al entusiasmo, de que un miserable á quien habia sacado de la nada, á quien

de humilde y desastrado pordiosero habia convertido en uno de sus más favorecidos servidores, de que un hombre, en fin, á quien á pesar de su humilde condicion, habia elevado á los mayores empleos, creyéndole en la desgracia, ó dominado por el demonio de la ambicion, pagaba sus beneficios con la más negra ingratitud, y destruia uno á uno los eslabones de la gran cadena con que queria unir su nombre á la inmortalidad el ilustre marino!

Y de tal manera obraba el infame Roldan, que la conquista que tanto habia costado á Colon, que tantos sacrificios pecuniarios habia obligado á hacer á la corona de Castilla, estaba al borde del abismo, de un abismo sin fin, de un abismo que en aquellos momentos podia influir muy poderosamente, no ya en el porvenir de la conquista, sino de la nacion entera!

¡Cuán fácil es el medro de los hombres que, como Roldan, explotan las malas pasiones de la muchedumbre para combatir á aquellos á quienes encumbra la gloria!

La humanidad no hace justicia, mientras viven, á los hombres que de la nada ó por sus merecimientos llegan á los primeros puestos de las naciones.

Atribuyen su preponderancia á sus malas artes, á su suerte, á todo ménos á la verdadera causa que los eleva; la envidia ciega sus ojos, se apodera de su corazon y devora sus buenos sentimientos, como los insectos devoran la sávia de los árboles.

Por eso es tan fácil á los pigmeos encontrar el concurso del vulgo para combatir á los gigantes.

Por eso Francisco Roldan encontró una falanje numerosa de gente descontenta que debia su desgracia á sus vicios, pero que la atribuia al almirante y á sus hermanos, cuya única falta, hasta entónces, no era otra que la de haber complacido demasiado á los que por sus inclinaciones solo merecian el despotismo.

No podia; en efecto, imaginar Colon la situacion precaria en que se hallaba el país que habia conquistado.

La rebelion no habia pasado desapercibida para los indios. Envalentonados al ver divididos á los españoles, comenzaban á negarse á pagar el tributo.

Estimulados por Roldan, se rebelaban tambien contra las órdenes del gobierno.

El jefe de la rebelion tenia á su lado á todos los caciques, que querian ayudarle á vencer á los leales primero, para caer despues sobre él y aniquilarle.

En esta triste situacion no tuvo más remedio el adelantado que perdonar á su vez el tributo á los indios de la Vega para tenerlos á su lado, y que en todo caso las fuerzas fueran iguales.

Los españoles que ocupaban los fuertes tenian que vivir encerrados en ellos, so pena de perecer á manos de los indios.

Los jefes se veian obligados á perdonar muchas faltas de insubordinacion y á consentir ciertas licencias que se permitian sus soldados, porque á la menor resistencia huian de los fuertes y corrian á confundirse con los rebeldes.

Si á esto se añade el hambre que empezaba á reinar, porque los insurrectos veian consumidas en un mes las provisiones de medio año, se comprenderá fácilmente hasta qué punto era lastimoso el estado de los primeros conquistadores del Nuevo Mundo.

Bartolomé se encerró en la Concepcion con el mayor número de soldados que pudo reunir; pero aun allí no se creia seguro, porque sabia que los insurrectos habian tomado las medidas necesarias para sitiar la fortaleza, para rodearla de llamas, para obligar á perecer á todos los que estaban en ella si de grado no se rendian.

La hora de la destruccion se acercaba.

No habia una sola esperanza; no se veia, en medio de tanta oscuridad, un solo rayo de luz.

Pero la Providencia debia inclinar su balanza en favor de la verdad y de la justicia.

Cuando más crítica era la situacion, cuando la desesperacion empezaba á apoderarse de todos los ánimos, llegó al puerto de Santo Domingo Pedro Hernandez Coronel con los dos buques que salieron ántes que Colon del puerto de Cádiz.

El adelantado tuvo noticia de su llegada, corrió á Santo Domingo, y su corazon se ensanchó al ver que en los buques llegaban víveres abundantes, municiones y un refuerzo de tropas suficientes para contrarrestar los planes de los insurrectos.

Al mismo tiempo recibió cartas de su hermano noticiándole la causa de sus dilaciones, su próxima llegada y la proteccion que le dispensaban los reyes.

Estas noticias se pregonaron en las dos colonias, se transmitieron á todos los fuertes, y la indecisa fidelidad de los soldados se afianzó.

Los insurrectos se desanimaron un tanto.

Pero no podian volverse atrás, y continuaron por la fatal pendiente á donde su ambicion les llevaba.

## CAPITULO LXVII.

Pedro Coronel.



VIÓ la situacion de la colonia, como hemos dicho ántes, la llegada de Pedro Hernandez Coronel.

Los reyes habian confirmado el nombramiento hecho por Colon en su hermano de adelantado mayor, y esto fué causa de que los españoles se apresuraran á obedecerle con mayor motivo que ántes, por desempeñar aquel puesto, no ya por voluntad de Colon, sino por la de los reyes.

Pedro Coronel refirió á todos el gran favor de que disfrutaba en la corte el almirante, y los preparativos que se hacian para proporcionarle una gran escuadra, con la que continuaria sus exploraciones, al mismo tiempo que reforzaba la guarnicion de la isla de Haiti y regularizaba la importacion de víveres.

Estas noticias llegaron tambien á oídos de Roldan, y su desesperacion fué inmensa, porque no dudaba que en cuanto los que le acompañaban se informasen de la próxima llegada de Colon con tropas y víveres, y lo que era más aún, con el favor de los soberanos, le abandonarían desde luego para obtener el perdon y disfrutar de las ventajas que les aguardaban.

Para evitar que esto sucediera proyectó desde luego cortar toda comunicacion entre las tropas leales y las suyas y activó las negociaciones que habia entablado con Mayabonex, para que aquel, despues de destruir la fortaleza de la Con-